

7 de abril de 2024 - 2º domingo de Pascua

[Hechos 4:32-35; 1 Jn 5:1-6; Jn 20:19-31](#)

Homilía

Los discípulos, es decir, todos los que habían permanecido fieles a Jesús, estaban reunidos en la noche de Pascua. No se especifica su número, pero no debían ser muy numerosos, ya que pudieron encontrar sitio en una casa cuyas puertas pudieron mantener cerradas. Eran discípulos clandestinos porque ya era de noche y, como José de Arimatea (19:38), tenían miedo de los Judíos. Habían recibido el testimonio de María Magdalena que vino a decirles de parte de Jesús: "Subo a mi Padre, que es vuestro Padre, a mi Dios, que es vuestro Dios". Pero esto no fue suficiente para liberarlos de su miedo y darles paz.

El miedo les ha paralizado. No tienen el valor de hablar públicamente. No se atreven a tomar partido por su maestro injustamente condenado. Es una situación similar a la que enfrentó el pueblo de Israel en Egipto, aceptando su propia esclavitud por miedo. Es una situación similar a la que nos enfrentamos hoy en día, cuando el miedo de la comunidad internacional permite que se instale una cultura de la impunidad en las relaciones entre los pueblos, donde los más fuertes oprimen a los más pobres con impunidad, a menudo desafiando todas las normas de derecho.

Cuando Jesús se presentó en medio de los discípulos reunidos, primero les dijo "La paz esté con vosotros". Sólo cuando hayan recibido y asumido esta paz se verán liberados de su miedo y tendrán después el valor de decir a los Judíos: "Dios ha hecho Señor y Cristo a este Jesús, al que vosotros crucificasteis" (Hechos 2:36). (Hechos 2:36).

Entonces Jesús sopla sobre ellos. El verbo utilizado por Juan es el mismo que se encuentra en Génesis 2:7, cuando se dice que Dios sopló su propio espíritu en las fosas nasales del primer hombre para convertirlo en un ser vivo. Esta es una nueva creación. Jesús recrea a sus discípulos a una nueva vida.

Las palabras " recibid el Espíritu Santo". A los que perdonéis los pecados, les serán perdonados; a los que guardéis los pecados, les serán guardados", se dirigen a todos los discípulos presentes. Es la llamada a liberarse unos a otros perdonándose.

Para el evangelista Juan, esta dimensión comunitaria es esencial, pero presupone en primer lugar un paso personal de fe. No puede haber una auténtica comunidad sin una experiencia personal de fe por parte de cada miembro. Así pues, Juan introduce aquí el ejemplo del itinerario personal de Tomás, que no es simplemente el incrédulo de un momento, sino también y sobre todo el creyente por excelencia, por haber sido el más valiente de los discípulos. En efecto, cuando Jesús decidió subir a Judea para ver a su amigo Lázaro, que estaba al borde de la muerte, y cuando los demás discípulos quisieron disuadirle de hacerlo porque los judíos querían apresarle, Tomás dijo a sus compañeros: "Vayamos también nosotros y muramos con él." (Juan 11:8ss).

Cuando Jesús mostró sus manos y su costado al grupo de discípulos reunidos, éstos, dice el Evangelio. se "llenaron de alegría al ver al Señor", y cuando Tomás, que había estado ausente, volvió, le dijeron: "Hemos visto al Señor". Estaban encantados de haber encontrado al Jesús que creían perdido. Pero cuando Tomás ve las manos y el costado de Jesús, es el primero en hacer el acto de fe en la divinidad de Cristo resucitado: "Señor mío y Dios mío". De todos los Evangelios, ésta es la confesión más explícita de la divinidad de Jesús.

Esta fe se comunicará y transformará al grupo de discípulos atemorizados en una comunidad de creyentes, que tienen un solo corazón y una sola alma y que dan testimonio de su fe de manera muy práctica, como se describe en la lectura de los Hechos de los Apóstoles que tenemos como primera lectura en la misa de hoy. Esta experiencia se ha comunicado más allá de los tiempos y ha llegado hasta nosotros. Es de todos nosotros de quien habla Jesús cuando dice "Dichosos los que creen sin haber visto".

Armand Veilleux